

CARLOS REAL DE AZUA

BERNARDO BERRO, EL PURITANO EN LA TORMENTA

A Elina.

DURANTE el largo tránsito que corre desde el momento en que el Uruguay se desprendió formalmente del conglomerado colonial hasta aquél en que ordena, de manera relativamente estable, los elementos de una nacionalidad semindependiente, ninguna personalidad como la de Bernardo Prudencio Berro ofrece a nivel humano más alto, con fuerza — diríase “retórica” — más esclarecedora, la relación dramática entre el pensamiento normativo y la acción práctica, la tensión, casi nunca amortizada, entre las inducciones, por fuerza universalistas, de lo ideológico y la más cabal, la más entrañada toma de conciencia del contorno. Pero, también, ningún destino como el suyo y el de su obra, nos lleva con mayor claridad hacia el contraste entre lo que fue y lo que pudo ser, entre ese sino que implicó nuestro crecimiento mediatizado, reflejo, “umbilical”, para usar la figuradora palabra, y el desarrollo firme, libre y autónomo que alguna vez la coyuntura histórica hizo posible aunque la estructura mundial del poder, la traición de unos, la enajenación mental de otros y, en suma, la insuficiencia de todos ante lo exigente de la posibilidad y el desafío, concluyeron, bien lo sabemos, por frustrar.

Cuando se escribe sobre Berro — como cuando se escribe sobre Artigas, o sobre Batlle — se percibe con más inmediatez la amenaza que representan para la eventual verdad de nuestras conclusiones dos sostenidas proclividades que afectan, incluso, los más decorosos logros de nuestra literatura biográfica e historiográfica.

Podríamos llamarle a una la pendiente hacia **la magnificación**, el olvido involuntario de cuáles fueron, y son, los parámetros entre los que se movieron nuestros hombres y nuestro pueblo y la real estatura de nuestros conflictos, nuestros logros, intereses, ambiciones. La misma sería objeción o la misma ironía con que se ha enfrentado la común, dramática desmesura que marca la historización de tantas pequeñas ciudades italianas del Medioevo o el Renacimiento pueden ponerse también alegremente a realizar descuentos drásticos en lo que supusimos el real volumen de nuestros acontecimientos y “dramatis personae”. Con el agravante, para el caso uruguayo, de que mientras aquellas minúsculas unidades se agitaban en lo que sería el riñón mismo de una dinámica más tarde universal, el nuestro, en los aledaños de occidente, no conllevaría jamás, ni de lejos, semejante trascendencia.

La tendencia a **la reducción** representa, como es obvio, el otro extremo deformativo. Opera, cuando lo hace, a través de la generalización y la homogeneización del dato histórico, anega las singularidades de situaciones y decisiones en una especie de gran caldo, de espesa mixtura que, si insume en ella componentes enumerables, todos los identifica en un indiferente producido. Para ceñirnos al momento y al personaje que ahora me interesa, concluirá, perentoriamente, fallará, por ejemplo, de este modo: **en una pequeña república suratlántica de América Latina, de base económica agropecuaria extremadamente primitiva y dotada de una única ciudad en la que dominan los mores y patrones intelectuales de Europa, controvierten por el poder político bandos generalmente reducidos y apasionadamente hostiles entre sí, compuestos, en abrumadora proporción, por letrados de extracción burguesa, militares insatisfechos y ambiciosos, especuladores económicos, aventureros de diversa laya y unos pocos hacendados que representan al sector de mayor fuerza económica, sin que sea de despreciar (pues es más segura, más estable) la de un comercio importador-exportador renuente por lo común a toda participación política y aun dotado de cierto poder de veto sobre cualquier decisión que lo afecte, ya que su actividad llena la bolsa —la Aduana y sus derechos— y su composición, en buena parte extranjera, le permite contar con el respaldo, muy propenso a esgrimir la amenaza de pasar a las vías de hecho (y aun de recorrerlas) de las representaciones diplomáticas, o consulares, o navales de las potencias europeas (Inglaterra, Francia, España, Italia), más directamente implicadas en el turbulento trámite público de estas latitudes.** La identidad ideológica de esos bandos contendientes es casi absoluta: es el liberalismo europeo en el período medio de su desarrollo; las rivalidades por el mando tienen un carácter abrumadoramente personalista y un estilo pasional y faccioso; hay, en algunos, la voluntad de llenar los perfiles de una sociedad tal como las que ofrecen en calidad de modelo las grandes naciones del viejo mundo, pero la distancia entre esos dechados y la realidad es demasiado grande, las estrategias para acercar los extremos demasiado torpes y contraproducentes, la desilusión o el cinismo (que es también una forma de ella) suelen representar la instancia final de tales intentos. Los estratos medios de la sociedad, todavía muy tenues, un pequeño infraproletariado urbano, un cierto sector artesanal extranjero, un peonaje paisano relativamente importante pero muy disperso, no llegan a articular .en forma sostenida (sí, a veces, de modo esporádico) intereses distintos a los de la clase superior, ya sea ésta la más antigua o “patricia”, ya la más reciente (vasca, catalana, británica, francesa, noritaliana). Esos sectores “sumergidos” o emergentes, pero siempre inferiores, integran en cambio, por lo habitual, el séquito, casi nunca enteramente voluntario, de los bandos de la clase alta; para los más fructuosamente movilizables de ellos, el peonaje y/o la creciente masa que la estancia empezará hacia esa época a arrojar de sus cuadros, el modo de enrolamiento informal y personalizado que el caudillaje conlleva, se mostrará como el más eficaz: sobre esa plataforma, los izados en ella, ya sea promovidos, ya resistidos por el sector dirigente urbano (desde Montevideo, o desde núcleos afines del interior), establecerán con los titulares de un sistema de gobierno precario, corto,

inefectivo, en estado de crónica insolvencia, relaciones eminentemente inestables, situaciones de poder fluidas, dentro de las cuales unas veces servirán como elemento de estabilidad y de orden y otras, en un desbocado escape hacia las alturas, tratarán, y alguna vez conseguirán, alzarse con el santo y con la limosna. Y ésta es una tarea que no realizarán solos, pues siempre encontrarán escoltas letradas o económicas urbanas insatisfechas, para servirlos, siempre serán aceptados, si logran éxito, por el sector superior de los neutros y los menos implicados, siempre representarán, con la llave de la ley, del decreto o la resolución administrativa en la mano, la vía hacia una función pública bastante bien retribuida y, más particularmente, hacia el fructuoso negociado (concesiones, proveedurías, privilegios, una tierra pública ya muy reducida pero todavía saqueable) que importe para algunos el paso inicial en el ansiado curso de una “primera acumulación” capitalista y para otros el restablecimiento de patrimonios pingües que la inseguridad y la guerra volatilizaban con aterradora rapidez. Pero aún el cuadro no estaría ni medianamente completo si se saltease el hecho de que esta pequeña nación oriental, nacida atípicamente por una convención internacional en la que no tuvo parte y con la turbada conciencia de que así haya sido, esta pequeña nación oriental con sus fronteras abiertas a todos los vientos y todas las incursiones, está rodeada por dos (relativamente) poderosas vecinas, que nunca han renunciado del todo a sus ricos pastos y a su seguro puerto, que con intenciones de anexión o sin ellas, se entrometen de cualquier manera en todas nuestras querellas, las aprovechan para sus fines, hacen el juego de báscula entre los bandos para mantener la inestabilidad cuando así les conviene o echan todo su peso en uno de los platillos de la balanza si es que mejor les resulta a su juego, alegando sin pausa (lo que no era del todo falso cuando la lucha civil a su vez las escindía) sentirse amenazadas por todo lo que tras de nuestros límites podía tramarse. Y más allá, todavía, estaba el predatorio, aún juvenil capitalismo de Europa, convencido de su derecho divino a comerciar, invertir y lucrar, instrumentando la acción exterior de Francia neo-napoleónica y, sobre todo, el poder hegemónico, a escala mundial, de la Inglaterra victoriana, sirviéndose de ellos para aplanar todas las barreras que las comunidades nacionales pretendiesen alzar a su paso (1).

Para cierto tipo de mirada, en este cuadro podrían hundirse y hundirse hasta desaparecer el curso de vida, la obra, la incanjeable tonalidad personal de numerosas figuras cuya actuación se centra en forma dominante, digamos, en el tercer cuarto del siglo XIX. Una mirada sintética, o urgida, o abarcadora, se contentaría con este manojo de datos o con cualesquiera otros, más precisos, que desde una distancia óptica similar se desprendiesen.

Y aun pudieran irse esfumando los trazos, por alejamiento del objetivo, sin que la verdad posible de cada toma desapareciese. Es como en el apólogo de aquel rey de Persia, que siempre estaba cansado de leer y que se hizo resumir la historia de la humanidad en una frase.

La síntesis, la abreviatura, la displicencia por todo lo que pasó en **este pasito** no carece, entonces, de coonestaciones. Pero para aceptarlas hay, pese a esto, que olvidar dos series de posibilidades. Y si aquí se mencionan es porque es dable suponer que es en ellas que se da la más valiosa justificación con que toda mirada vuelta hacia nuestro ayer puede autorizarse.

Primero: desde que la energía expansiva de Europa unificó el mundo, en cada rincón de él incide, amortiguado o terrible, directo o indirecto, el juego de todas sus fuerzas. A mediados del siglo XIX tal cuadro de incidencias está completo y en la nueva historiografía latinoamericana la atención al fenómeno imperialista – que algunos despistados y otros no tan tontos creen el fruto de una obsesión – no responde a otra cosa que a la emergencia de esa decisiva realidad. Pues creo que no es lo que define mejor a esa nueva historiografía por oposición a la tradicional (u oficial, o “heroica”, o liberal), el interés por lo “infraestructural” respecto a lo “superestructural” (aun, despojada la dualidad de todo su peligroso esquematismo). Más radical aun es el antagonismo entre lo que cabría llamar el “enfoque inmanente”, y lo que también podría denominarse el “enfoque conectivo”. El primero sólo toma en cuenta la incidencia exterior a mero título episódico, aun en el caso de “intervención” o “presión” y, más regularmente, bajo un rubro de “relaciones internacionales”, colocado a similar nivel con los restantes. El “enfoque conectivo” sabe, en cambio, que el margen relativo de autonomía con que cada desarrollo histórico se cumple está en aguda oposición dialéctica con el otro, mucho más ancho aun, de inducciones que modelan nuestros destinos, de fuerzas universales que nos arrastran a la deriva, tal vez hacia un reencuentro o derrotero presumible. Y si me explayo en esta antítesis es porque pienso que la presidencia de Berro, o la intervención porteño-brasileña en el Uruguay y la posterior guerra paraguaya, es a esta luz conectiva que asumen su total relieve.

Hablé de dos series de posibilidades y queda todavía, entonces, una segunda. Es la de que existan acontecimientos históricos, personajes históricos, conflictos ideológicos o vitales cuyo análisis interese sin relación a magnitudes, a medidas cuantificables a escala universal. Y ello en razón de su riqueza de matices, o de su intensidad de significación, de su tipismo esclarecedor. Maquiavelo urdió la perenne materia inductiva de su obra con rivalidades y tácticas locales verdaderamente limitadas. Y a propósito del Batlle de Milton Vanger, yo mismo recordaba que su análisis del proceso de la elección presidencial de 1903 y del proceso mismo táctico que su triunfador transitó era comparable a algunas de las mejores páginas del historiador florentino.

– II –

sed nox atra caput tristi circumvolat umbra
Aeneidos, VI, v. 866 (2)

Hay un secreto mal circuible en la personalidad de Bernardo Prudencio

Berro. Su curso entero de vida es desusadamente claro y casi, salvo la trágica instancia final, no ofrece baches a la más cabal verificación. Y, sin embargo, el personaje se nos escapa. Un velo de distancia, de sombra, parece hurtarnos los móviles de algunas de sus decisiones capitales. Cierta pudor arisco se enreda con esa **melancolía** de que habló Aureliano Berro y retomó temáticamente Luis Pedro Bonavita en la página tal vez más sensible y penetrante que Berro, como hombre haya suscitado (3). Tendré que referirme casi en seguida a la dolorosa conciencia de su singularidad que en Berro alentó, lo que es también un modo de decir: de su soledad.

Cyril Connolly, en las agudas reflexiones que al Palinuro virgiliano dedicó en “La tumba sin sosiego”, alude al mito, a la actitud humana, de persistencia arquetípica, que estaría configurada por una **cierta voluntad de fracaso o de repugnancia por el éxito, un deseo de renuncia a última hora, un apremio de soledad, de aislamiento y de oscuridad** (4). Tal proclividad, creo, soterra, asordina, algunos momentos cenitales de la trayectoria de Berro, tan diamantino, inflexible luchador, y adensa, hasta lo inquietante, su interés y su misterio.

Podemos deslindar sus etapas y, sin embargo, se nos escapa su **faculté maîtresse**, para usar el venerable término tainiano.

Esto sea dicho sin negar la relevancia decisiva que su origen familiar y de clase representa, la condición de hijo de Pedro Francisco de Berro (a la partícula renunciará como otros muchos, democratizándose), figura de consideración en el grupo comercial español que gobernara económica y socialmente a Montevideo hasta tiempos posteriores a la ruptura del vínculo formal del coloniaje. Pedro Berro, el Grande (había un “Pedro Chico”), socio de Errazquin y del acaudalado Francisco Juanicó, llegó él mismo, según algunos testimonios, a representar la tercera fortuna del país, (5) poseyó barcos que llegaron, en actividades de corso — **¡o tempora, o mores!** — a apresar navíos ingleses en aguas del Índico. Tan desaprensivo como toda la constelación humana a la que pertenecía, no se caracterizó precisamente (algunas inferencias firmes hay a ese respecto) por un respeto excesivo a la legalidad fiscal española. Como casi todos los comerciantes montevidéanos de la primera década del siglo XIX, Don Pedro pasó, tal vez sin darse demasiada cuenta ni particular dramatismo, de la fidelidad acendrada a la Corona y a su patria a la mansa, aquiescente aceptación de la “patria nueva”. Es decir: P. F. Berro encarna bastante bien la media de una actitud distante entre la cabal y temprana aceptación de la ruptura — como fue el caso de Ramón Villademoros — y la otra postura implicada en el empecinamiento “godo” de Mateo Magariños o José Batlle y Carreó. Fue sobre todo a través del período cisplatino que esta actitud media se solidarizó con el orden de cosas que estaba por advenir, momento que, por otra parte, no es desglosable del fin de las esperanzas en la factibilidad en las expediciones recuperadoras de España.

La sociedad uruguaya de la primera mitad del XIX, y esto es especialmente cierto para su nivel superior, fue una “sociedad de familias” (lo observaba certeramente Barrán hablando de Vásquez Acevedo), de familias que tendían a eslabonarse y coligarse en clanes y a pesar en cuanto tales en el trámite político y económico. Los Berro, los Larrañaga, los Errazquin constituyeron uno de ellos, que se vio un día reforzado por el aporte sustancial de los Jackson, con cuyo primer personero en el país se casó una Errazquin. Berro fue un solitario y un introvertido, decía, pero sería más que falso verlo actuando sobre, y en, la sociedad global mediante una especie de “discontinuo”: entre ambos extremos los cálidos respaldos clánicos (y también los compartidos odios igualmente clánicos) deben ser siempre tenidos en cuenta para una adecuada discriminación de fuerza.

Berro, por su edad – tenía diecisiete años cuando la rota de Tacuarembó – no se vio compelido a una definición, pro o contra, la corriente artiguista, aunque es más verosímil que no participó de la auténtica devoción al patriarca que caracterizó al grupo, bastante cercano, de los Pereira y allegados. La independencia tuvo en la Banda Oriental mucho de una drástica cesura generacional, pero la misma actitud de su padre, relativamente benigna hacia ella, hace que esta cesura sea mucho menos marcada que en otros casos. En Berro, en suma, persiste una filiación españolista muy acentuada (ya diremos a qué altura del curso español se sitúa) y no parece haber sido problema para él enjugar ninguna actitud personal o familiar ante lo que ya había ocurrido. En sus respuestas a Manuel Herrera y Obes, en 1847, desde “El Defensor de la Independencia Americana”, Berro sostuvo que las dos intenciones de la Revolución Hispanoamericana fueron la de independizarnos de España y **fundar una sociedad libre bajo el régimen republicano** (6). La Revolución, de esta manera, tuvo un contenido esencialmente político y **la causa de los desórdenes** residió en quererla hacer **atropelladamente** social, **bajo el modelo de las modernas revoluciones liberales europeas** (7), posición indudablemente conservadora en la que sin embargo hay que destacar el matiz con que la cautela el adverbio “atropelladamente” y también a que es por largo más acertada que la del periodista y político a quien replicaba.

Desde tales supuestos hay que seguir el rastro del comisario policial de los tiempos de la “patria nueva” y del pagador del ejército republicano. La etapa que corre entre 1829 y 1843 es la que adensa mayormente su personalidad de poeta y de libre meditador, su experiencia campera por el Casupá, Godoy, Illescas, Mansavillagra, el Chamamé, al periodista impetuoso de “La Diablada” y al más sereno de “El Estandarte Nacional”, al “soldado de la ley” en las fuerzas de Oribe, al diputado por Maldonado en 1836 y, antes que él, al puritano tempranero que se rehúsa a considerarse elegido por el mismo departamento en 1833 porque, votado según los procedimientos de la época, afirma en una carta: **Sé que el pueblo no me ha elegido y yo no debo usurpar inútilmente un poder y una representación que no se me ha dado** (8).

Tras él vendrá el hombre del Cerrito, camarista y Ministro de Gobierno de 1845 a 1851 y, sin embargo, uno de los muchos disidentes de la influencia rosista sobre Oribe. Así hemos de atenernos al significado de apuntes íntimos que además no parecen posteriores a la caída del dictador argentino (9). Y tras él todavía, al nuevamente ministro, ahora de Giró, en la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores, al perseguido a muerte de 1853 por la primera explosión de un militarismo rampante que no comienza por cierto en 1875, y al autor de una dramática carta interrogativa a Maillefer. Y tras él, al senador nacional durante la presidencia de Pereira y al triunfador en las elecciones presidenciales de marzo de 1860, que abre un período y un estilo gubernativos sobre los que tendré que volver. Y tras él, por último, al silencioso, al reprimido de casi cuatro años hasta el estremecedor final del 19 de febrero de 1868.

Una sucesión de imágenes, sí. Pero ¿qué las coordina?

— III —

UN HOMBRE DEL SIFLO XVIII

La historia de las ideas políticas en América señala con regularidad, entre la perención, desigual y escalonada, de las corrientes intelectuales de sello tradicional y el liberalismo romántico, la existencia de una ancha veta “ilustrada”. En ella suelen englobarse, si es que la referencia se hace en términos filosóficos, diversas formas de idealismo, el sensualismo mecanicista, el racionalismo y el empirismo frecuentemente imbricados, la “ideología”, las primeras formulaciones utilitaristas. Política, socialmente hablando, la zona se deslinda entre los extremos que constituyen el Despotismo Ilustrado y su pensamiento (tan bien analizado por Sánchez Agesta en lo que a España toca) y el radicalismo utilitarista, con un ancho espectro intermedio en el que obraron el generoso filantropismo dieciochesco, el democratismo de la “Gran Revolución” y el cauto liberalismo de los “doctrinarios”, en los aledaños del romanticismo o ya plenamente en él.

Todo esto es cosa sabida y la influencia de Bentham, por ejemplo, sobre figuras tan alejadas geográficamente como Rivadavia y José Cecilio del Valle ha sido bien estudiada. La veta “ilustrada” (en la ampliada y tal vez indebida acepción con que la estoy utilizando), se tiene, con todo, presente, en cuanto se trata de indagar, o hacer explícitos, los fundamentos ideológicos de la lucha independentista y de sus protagonistas mayores. No es habitual, en cambio, que se contemple su vigencia en el posterior período de la organización y la anarquía signado ese período, como lo está, por un romanticismo que penetra de modo torrencial en Latinoamérica en la cuarta década del XIX y ello aun sin tener en cuenta ese “romanticismo vital” (piénsese en Miranda, Bolívar, Mariano Moreno, Fray Servando Teresa de Mier, Monteagudo, Camilo Henríquez, nuestro Monterroso, tantos otros) que fue un estilo del hacer, del

padecer y del sentir mucho antes de que un romanticismo literario se hiciera presente por estas longitudes del mundo.

Sobre el fondo de este introito creo que adquiere su intentado sentido mi suposición de que una de las claves de la originalidad de Berro — también una de las razones de su ejemplaridad y de su final fracaso — se halla en que el presidente de 1860 fue, y lo fue radical, cabal, imborrablemente, un “ilustrado”, un hombre formado ideológicamente en muchas de las pautas prestigiosas de la centuria anterior a la que le tocó vivir. Lo que no significa, por cierto, que no haya estado abierto a todos los influjos de su tiempo que le eran congeniales: caso del de Sismondi, del de Tocqueville, sobre el que habré de volver. Es obvio que los grandes sistemas culturales no clausuran abruptamente su incidencia histórica y que, por lo contrario, corren, soterradamente, debajo de su sucesor y dominante hasta desaparecer o reencontrar, a veces, triunfalmente, en otro avatar Intelectual posterior, una especie de “desquite por afinidad”, así sea de mera actitud, con la que le fue peculiar. (Lo que muy bien pudo ocurrir entre la Ilustración y el realismo positivista, esto sin desmedro de grandes y esenciales diferencias).

Tal vez en esta vivencia remanente de lo “ilustrado” Berro no estaba solo y sería factible rastrearla también en sus contemporáneos Carlos Villademoros y Eduardo Acevedo, el codificador (10). Como éstos fueron también sus correligionarios y el segundo su ministro (el primero no ciertamente su afín ni su amigo), un elemento ideológico importante se nos ofrece, dicho sea de paso, para explicar el clivaje inicial de nuestros dos grandes partidos históricos. Pivel Devoto (11) ha hablado de la “generación de **El Defensor de las Leyes**”, de 1836, vertiente blanca-oribista y filantrópica, de la más publicitada y notoria “generación de **El Iniciador**” de 1838, vinculada políticamente al destino de Fructuoso Rivera y más abierta a las nuevas corrientes europeas. Aunque, en puridad, ambas constituyan una sola, como lo rubricaría, por otra parte, la común devoción a Larra y a su costumbrismo, tan cargado de implicaciones ético-sociales.

Dispersada o más tenue que su ala rival, la promoción de ese **Defensor** que, luego, con otros complementos en su título, renacería en la parvedad del Cerrito, lo cierto es que en Berro se reiterará con fuerza impresionante la conciencia de su aislamiento intelectual, la noción de su radical disenter con las que sus contemporáneos tenían por vigencias culturales indiscutibles, la percepción, en suma, de su soledad. En las libres confidencias a su hermano Adolfo, de temprana muerte, o a Miguel Errazquin, hijo del socio comercial de su padre, se explaya en el cardinal año de 1838: Los “eminentes” quizás me tendrían por loco y me compadecerían. **Yo no me curo de sus desprecios. Me examino y me hallo puro. Registro mi razón y la hallo superior a la suya, no por su capacidad sino por su imparcialidad** (12). Y en otra carta acepta: **Conozco bien que mis ideas no están de acuerdo con el sentir de la generalidad, y lo que más me acobarda a veces, ni con el de los sabios y entendidos. Muy desde los principios, cuando recién empezaba a adquirir**

nociones sobre varias materias con la lectura, ya solía rebelarme contra la autoridad de los autores más clásicos. Esta osadía en medio de mi ignorancia, ha crecido con la edad, y con el continuo ejercicio de mi reflexión. Pero lo particular es que mi completa desconfianza de mi capacidad intelectual jamás ha dejado de ser la misma (...) De lo mismo que he dicho, también deducirás que no puede haber presunción en mí, y que la comezón de aparecer original tampoco tiene parte en la exposición de mis raros modos de pensar (13). Ejemplar sentido de la medida, alerta vigilancia sobre las propias posibilidades que contrasta extrañamente con el triunfal arranque con que los más improvisados se echaban a andar. Ciertamente es que la mayor parte de ellos se limitaban a internalizar los estereotipos mentales de su tiempo y a ilusionarse con que los habían inventado. No hay tal presunción en esta desacomodada conciencia con que Berro siente su singularidad, no hay tal ilusión sino, por el contrario, un desasosiego que ronda la angustia: **Confieso que no sé dónde me hallo. Cuando tantos se empeñan en probarme que ando perdido ¿qué extraño es que aunque mis ojos vean claro el camino no crea ni a la deposición de mis sentidos?** (14).

Antonio Pereira, en "Recuerdos de mi tiempo", subrayaba entre las causas del fracaso político de Berro los inconvenientes de **haberse formado solo y la falta de trato** (15). Digámoslo con otras palabras: una cierta introversión, un acechante solipsismo que habría tendido a ponerlo al margen de una crema social eminentemente elocutiva, sonora, argüidora dialogal. Que no se formó solo lo sabemos hoy y sí junto a dos hombres con un caudal de cultura insólito para su medio: su tío Dámaso Antonio Larrañaga y D. José Raimundo Guerra, hombre de confianza de éste y su asociado en los tan utilizables "Apuntes históricos". De cualquier manera, gran parte de su instrucción tuvo que cumplirse, y se cumplió, con posterioridad a esas enseñanzas, lo que, por otra parte, no hace a Berro excepción entre los hombres de su tiempo ni de los que le siguieron: hubieran o no pasado por la Academia de Jurisprudencia o la "Universidad vieja", les hubieran dado éstas poco o mucho, lo más sustancial del bagaje de los efectivamente nutridos fue al margen de toda formación institucional que se logró.

Reiterando mi anterior proposición, apunto que esta fidelidad a una "Ilustración" configurada en su modalidad española y el anti-romanticismo que le corresponde constituye la explicación más idónea de esta conciencia dolida de singularidad que en Berro alentó y aun de esa "melancolía" a que hice referencia.

La filiación de Berro en la "corriente ilustrada" se ofrece con singular contundencia en los escritos de la cuarta década del siglo y, especialmente, en los de ese revuelto año 1838 en que cumplió treinta y cinco años y, en "medio del camino de la vida", debió sentir más que abocetado su perfil personal; su persistencia en este perfil es fácil dictaminarla si en casi otro tanto de su existencia no se halla ningún trazo que rectifique el conjunto.

Se ha señalado la vinculación de su poesía, (de rigor constructivo y riqueza inusual a todo el nivel de su tiempo) en la poesía del Siglo de Oro español (Fray Luis de León, los Argensola, "La Epístola Moral"). Pero si bien se mira, o si mejor se la mira – aunque las dos miradas no estén en estricta contradicción – esta tradición literaria en la que Berro supo apoyarse tan bien, era una tradición permeada, y renovada, por el influjo dieciochesco, ya que lo contrario, en puridad, le hubiera quitado su índole de verdadera "tradición", esto es, de continuidad viva, para hacerla restauración, reacción, ejercicio arqueológico o algo parecido. Una tradición permeada, en suma, por el bucolismo y el filantropismo, que son notas tan eminentes del XVIII hispano, es la que mejor, más precisamente coloca sus tres composiciones mayores: la "Epístola a Doricio", la "Oda a la Providencia", y el "Canto a las excelencias del amor", inédito hasta hace poco y cuya publicación demoraron ciertos remilgos ético-familiares bastante absurdos. Pero la sustancia doctrinal de un texto singularmente notable: la Naturaleza como gran norma a obedecer, el sensualismo a lo Condillac, ciertos pasajes de detonante anticlericalismo; esa sustancia doctrinal, digo, no era necesaria, o no era imprescindible, para localizar el núcleo ideológico que da coherencia, unidad, significado, al lote mayor de sus actitudes.

Con su "regalismo" comienzo, y esto a mero título de enumeración, tan característico de la política "ilustrada" española y sin el cual no sería comprensible su largo conflicto con la Iglesia uruguaya, extremado hasta el destierro de D. Jacinto Vera y uno de los factores más adversos al éxito de su período presidencial (16). Pero la firme y hasta empecinada afirmación de los derechos del Estado sobre el ejercicio, y aun la regulación interna del ministerio eclesiástico conllevaba, en los países en que se desplegó y en los estadistas que la asumieron, una ambigüedad radical en lo atinente a la posición última frente a la religión misma, como experiencia, personal y social, al cristianismo como moral y como cultura, a la Iglesia católica como institución y al clero como cuerpo. En tal diversidad de planos, bajo tal sombrilla de posibilidades se movieron con holgura ateos y deístas, escépticos y creyentes, masones y cristianos. Se ha estudiado entre nosotros con solvencia este tornasol ideológico, tal como se ofreció en el Uruguay de 1860 (17), pero aquí me importa más señalar que Berro mismo no fue ajeno a él, que sus aseveraciones cristianas más explícitas suenan distintamente a Ilustración (18) y que en su misma descendencia inmediata se marcó el clivaje que esta equivocidad promovía (19). (Al fin y al cabo, el ámbito familiar es, en este rubro, decisivo).

Habrà después que hacer referencia a las modalidades de su liberalismo y su individualismo. Pero no tendré oportunidad de volver a su entusiasmo juvenil por la Ciencia Natural, como colaborador de Teodoro Miguel Vilardebó, en ese estilo pionero que su tío Dámaso, y Pérez Castellano, y toda la larga cauda imantada por la trayectoria de Humboldt en el norte del continente, también representaron. Ni tampoco volveré a ese "filantropismo", a ese

humanitarismo generoso, sin veta en su caso ni de hipocresía ni de sensiblería, que es una de las señas más espléndidas de aquella instancia matinal de la contemporaneidad, de aquel gran arresto de compasión activa y a veces enfurecida ante todo sufrimiento humano causado por la “preocupación” (un término premonitoriamente actual), originado en estructuras sociales que se veían (y en verdad lo estaban) sostenidas en la avidez, la soberbia y la crueldad de los fuertes. La esclavitud prolongando su estatuto a través de algunas artimañas legulescas y otras veces en abierta vulneración de la ley, arrasando la cautelosa interdicción constitucional (nadie nacería esclavo en el futuro, en el país; se prohibía la importación o “la trata”; “a contrario”: quienes eran esclavos lo seguirían siendo) no despertó sólo la indignación de Berro, más cabalmente, esa “experiencia del escándalo” a la que no escapa ninguna alma bien nacida. Hasta el acomodaticio Acuña de Figueroa quebró alguna lanza contra ella y el sesgo antiesclavista fue uno de los lemas distintivos de “El Defensor de las Leyes”. Todo el grupo estaba implicado en el “Desahogo poético de un patriota oriental”, que Luciano Lira publicó en forma anónima en su “Parnaso” de 1835. La politización, sin embargo, que tan intensamente teñía todos los comportamientos hacía que aquella piedad por **la mísera Etiopía** afrentada en América tuviera sus precoces puntas partidarias. A la sombra del desprejuicio de Rivera, Lucas Obes, casando a **Don Lícito con Doña Utilidad**, sostenía como bueno todo lo que fuera provechoso a los movedizos sobrevivientes de la burguesía comercial del coloniaje y a sus letrados; en el calor de esa tesis se cocinó una sabrosa porción del poder económico del séquito riverista. Con algunas familias implicadas, caso de los Magariños, el antagonismo de Berro se mantuvo impertérrito por casi treinta años: las medidas contra la propaganda de subversión de “El Pueblo”, durante su presidencia, no se desglosan, por cierto, de él (20).

Que Berro entendía que pudieran extraerse otras inferencias éticas del pensamiento revolucionario de los siglos XVII y XVIII, se verifica en la ya citada carta a Errazquin, en la que menciona frente a las novedades de su tiempo, el valor fundamental y decisivo de Newton, Locke, Condillac y **el analítico y prosaico Bentham**, capaz, en **un par de páginas**, de proporcionar más **conocimientos útiles** (subrayó la palabra) que toda la faramalla que encandilaba a su amigo (21). Expresiones en verdad definitorias, en las que tampoco sería imposible encontrar, debajo del embanderamiento cultural algo así como un instintivo arrimo a aquellos modos que más condecían con su temple profundo: hispano, vasco, práctico, productivo. A uno de sus allegados le encarece **que sea positivo como buen español** (22); cuando opone **lo práctico** y **lo especulativo** es siempre para fallar a favor del primero.

En un plano aun más radical, más entrañado, me parece estar la pasión de Berro por un orden humano pautado de **racionalidad e impersonalidad**: con ella creo que se plenifica la filiación “ilustrada” de su personalidad y con ella, también, se explican las que serán las notas más reiteradas de su acción política: su animadversión a facciones, partidos y caudillos, su adoración de La Ley (así,

con mayúscula) y su desconfianza del hombre y de los hombres. La contraposición entre el principio personal y el principio de la ley, o la del “gobierno de las personas” y “el gobierno de las cosas” fueron usadas por casi todos los dirigentes de su tiempo, incluyendo entre ellos a los caudillos más desmandados; tal vez esté en Lamas, antes que en él, la antítesis hombres-cosas, de origen socialista-utópico. Pero, posiblemente, en nadie se dieron con tanta autenticidad y persistencia como en Berro esa elección entre opciones que configura en su cota máxima el racionalismo burgués, universalmente entendido, pero, asimismo, decisiones morales nada fáciles de sostener (23).

–IV–

Tornasol de épocas, tornasol de estilos, tornasol de sentimientos. De aquella “filantropía” de que hablé recién, su hermano Adolfo se puso a caminar con los más penosos pinitos estróficos que dio la ya muy modesta poesía uruguaya del 1840. Una temprana muerte preservó su prestigio de poeta y lo dejó como uno de los fundadores del romanticismo uruguayo. Pero sólo con buenos sentimientos, es tan sabido, no se hace buena literatura y él únicamente consiguió derramar a raudales su piedad sobre todas las castas malheridas: el esclavo, el expósito, la ramera. A Adolfo, y a su amigo Errazquin, dirigió Bernardo Berro las cartas que mencioné, pergeñadas desde la paz de Minas pero con el oído muy atento a las novedades montevideanas y al ancho eco del mundo que éstas portaban (24). La suscitación que las provocó, fueron, seguramente, las entregas quincenales de “El Iniciador”, de Lamas y Cané, un periódico muy importante en nuestra historia cultural y el primer vehículo sistemático de las vigencias espirituales de la Europa de los treinta.

Las epístolas de Berro querían ser, sin duda, una amonestación y un antídoto contra las fascinantes nuevas románticas: su hermano (y tal vez Errazquin) sucumbieron a ellas; no don Bernardo, por cierto, para quien el romanticismo constituyó el mordiente decisivo que, en relación de hostilidad, terminó de dibujarlo. Y que no era una inquina pasajera se podría ver en su respuesta de 1847 a los artículos de “El Conservador”, del Montevideo defensorista. Allí todavía se ridiculiza **el estilo hueco y rapsódico, el tono magistral y el énfasis profético, el lenguaje apasionado e hiperbólico y la desarreglada imaginación** de su antagonista político Manuel Herrera y Obes, apenas tres años menor que él. Con lo que también, digámoslo de paso, tal vez pudiera fijarse por allí (1803-1806) un corte generacional, un hiato decisivo que lo distanciaría, con su devoción a **la razón ilustrada e imparcial**, de su casi coetáneo, autor de **aquella producción exótica, engolfada en la personalidad**, sobre la Revolución y los caudillos en América (25). Se puede rastrear perfectamente en su descripción de un romántico típico (26) esa cesura generacional, aunque también cabría hablar de dos direcciones en una común generación de 1835, según la ya mencionada sugestión de Pivel (27).

Vuelvo sin embargo a las epístolas a su hermano y a Errazquin, cuya

glosa y, sobre todo, a cuya sistematización del rico caudal doctrinal me tengo que resistir. Esa sistematización, empero, no nos mostraría la personalidad intelectual de Berro diferente a como la he dibujado, ni la matizaría de manera sustancial. Frente al nuevo **idealismo tenebroso** (28), Berro sigue adscripto con indeclinable fuerza a su fe en el descubrimiento y exposición de la verdad a través del **método**, del **análisis**, del **raciocinio**, sigue fincando su aspiración en convencer al entendimiento, más bien que en cualquier otro truco mágico de deslumbramiento o sugestión (26 bis).

Testimonio capital constituyen estas cartas de la refracción del Romanticismo en Latinoamérica y en el rubro de las reacciones adversas el más importante junto con el que ofreció posteriormente el general Tomás de Iriarte en sus "Memorias" —ya por aquel entonces convertidas en registro diario— hacia 1844 y 45. Además, en el caso de Berro, que es el que ahora me atañe, una reacción auténtica, en el sentido de que no estaba promovido por textos y autoridades de militancia anti-romántica, que la hubo por cierto, y muy considerable, en los años mismos de triunfo del estilo. Si alguna huella visible hay en esas cartas es tal vez la de las nutridas críticas de Mariano José de Larra al "Antony" de Dumas —ya dije que la devoción a "Fígaro" había sido un trazo común entre el grupo de "El Defensor" y el grupo de "El Iniciador" —. Debieron impresionar a Berro, y todavía hoy parecen desusadamente lúcidos los análisis de la anarquía moral que promovía aquel "emocionalismo burgués" a nivel de las costumbres de las gentes. Asimismo debió provocar a su inteligencia la noción de las relaciones entre literatura y sociedad que constituyen en el presente un lugar común de la cultura pero en aquel entonces representaban una deslumbrante novedad.

Pero Berro no quedó en eso y enriqueció el tema con una nueva dimensión que sólo mucho más tarde sería recorrida cabalmente. Ernest Sellière y otros historiadores de nuestro siglo relevaron las conexiones del romanticismo con las formulaciones políticas de su tiempo; la ambigüedad del estilo romántico proyectado a esta dimensión: contrarrevolucionario y liberal-revolucionario y socialista-utópico —restauración de la sociedad feudal y nueva toma de la Bastilla y última Arcadia igualitaria—, ofrece sustancioso cuerpo a cualquier análisis. En lo que a Berro toca, su originalidad residió en sorprender los "vínculos sutiles", implícitos pero indubitables, entre el nuevo estilo literario y vital y la anarquía caudillesca (que él tenía que ver encarnada en Rivera) que ya había conseguido por ese 1838 romper las formas precarias de regularidad e impersonalidad con que el patriciado montevideano quiso dotar, en 1830, a la nueva república. **Rivera, sus ministros, sus escritores y trompeteros han adoptado las exterioridades del romanticismo** (29). Alegato de lucha, se dirá. Pero en Berro el repudio a romanticismo y caudillaje se imbricaba a un plano mucho más hondo, en una hostilidad a lo que hoy llamaríamos "el culto a la personalidad", en una desconfianza invencible al "héroe" carlyleano o al "hombre representativo" de Emerson, a todos aquellos, fueran Alejandro o Napoleón (o Rivera), que invocaran **misiones** y se consideraran **profetas** de

algún orden o desorden a sobrevenir. El objetivismo, el racionalismo y el impersonalismo de Berro se encoge, como ante un revulsivo, frente a cualquiera de estos arquetipos.

Se encoge, diríamos, y pierde pie. Porque romántica y no otra fue la música con que bailaron los protagonistas y aun las masas de su época; él, tan amigo de la danza, como lo recordó en su libro el nieto Aureliano, nunca aprendió el nuevo paso y el precio pagado fue una contundente inferioridad de condiciones. Porque el Romanticismo representó en América Latina una especie de gran desentumecimiento que las sociedades sufrieron y con el que tramontaron, no sin pérdidas sustanciales, el formalismo pasado. El triunfo de la **matter** sobre las **manners**, de los fines sobre los procedimientos y las reglas y las técnicas. Ya dije que había existido en América un prerromanticismo vital antes de que cualquier literal romanticismo circulara. Y los que pudieron sostenerse en lo que alguno llamara **la carrera de la revolución** (entendida como una serie vertiginosa de cambios en la que era imposible tomar cabal conciencia de la situación y sólo el gesto, y el arranque, y la lucha a muerte por la sobrevivencia contaban) fue con **moods** románticos que consiguieron llegar a puerto. Como decía antes, Berro pagó a la postre muy caro su antirromanticismo, pero cualquier otra actitud, cualquier adaptación, lo hubiera hecho un ser muy distinto al que fue y, de seguro, menos interesante.

—V—

CINCINATO

Estanciero en Casupá y zonas cercanas del noreste y este de Florida, chacarero en el dominio familiar del Manga, pequeño empresario, casi siempre fracasado, de tambo, pulpería, dulce de membrillo, jabones, velas, gran parte del período activo de la vida de Berro transcurrió fuera de Montevideo pero muy en sus aledaños, si es que se tiene sobre todo en cuenta la ya entonces más difusa localización de tales gestiones. Esta circunstancia, creo, tiene en el caso de Berro un relieve especial y nada fortuito (podía haber sido fruto de azar), esclarece, creo también, ciertos adentros personales y ciertos datos de la situación.

Todo este trámite de vida, posee, para empezar, un extraño parecido con el de los “primeros pobladores”: igual grisáceo ritmo, igual modestia, igual cortedad de vuelo, vasta, patriarcal progenie (como único exceso). Se supondría que, clausurado (o así se creía) el asunto de la independencia política formal — ya se aludió a su posición ante la lucha emancipadora; algo habrá que agregar —, Berro, tal vez inconscientemente, entendió a aferrarse a aquellos quehaceres, aquellas certidumbres tan concretas, de suelos y de materias, con que se había echado a andar la familia uruguaya. Varios testimonios existen, y muy transparentes, de que él entendió “la nación” como algo esencialmente “in fieri”, un proceso recién iniciado cuando vivía sus años maduros, un boceto,

apenas. “National-building” es el término que maneja la ciencia histórico-social norteamericana (30) y esta urgencia de construcción nacional es el fundamento de lo que tiene que examinarse bajo el rubro de su nacionalismo. En unas páginas escritas probablemente hacia 1859, sostenía Berro: **Nuestra nacionalidad fue una dádiva, no nació por sí misma, por obra nuestra. Fue una declaración, no un hecho. ¿Y se puede dar una nacionalidad?, ¿puede una declaración hacerla brotar? Toda nación es una formación** (subrayado por el autor). **Nace propiamente cuando está hecha. La declaración no la puede crear; es un nombre y un reconocimiento que confiere ciertos derechos e impone ciertas obligaciones, dejando entregado a sí mismo el grupo social a que se aplican. Y luego: Nuestro modo de ser político es una nacionalidad declarada y reconocida; pero que aún se está formando. Por el valor de esta declaración tenemos el derecho antes que el hecho, el efecto antes de la causa, el consecuente primero que el antecedente** (31). Y prosigue, en la misma línea argumentativa.

De cuál era el sitio que él se atribuía en ese proceso, da cuenta una conocida carta a Acha, de 1862: **mi preocupación es más el porvenir que el presente. Nunca creí poder edificar; pensé no más que en preparar, o a lo sumo echar cimientos** (32).

Desglosemos para después la interpretación política de estos asertos y quedémonos con el estanciero, el chacarero, el mínimo industrial. El Uruguay empezaba de nuevo, salido del vórtice de las guerras que él, en 1862, cándida ilusión, creía cerrado.

Y empezaba en las dimensiones más parcas que podían imaginarse. No es una trascendentalización ilegítima (aunque no en el modo de Vaz Ferreira) recordar aquel barco de su padre que había apresado navíos ingleses por los mares de Asia, Entre D. Pedro y D. Bernardo han tomado vuelo la revolución industrial y la revolución técnica: ya no habrá paisitos y puertitos desde donde subírsele a las barbas a los grandes y el salto cualitativo, el abismo entre los “have” y los “have not”, que todavía en 1845 y vuelta de Obligado no era tan insondable, se irá ensanchando cada vez más.

Con esa actividad de poblador, con esa cultura-cultivo en su más radical, etimológico sentido, Berro dibujó un “tipo” y aun un “arquetipo”.

Muchas figuras de nuestra historia latinoamericana pasada, muchas conductas no pueden entenderse bien si no se es capaz de otear los modelos, los dechados que las dinamizan y sugestionan. El “arquetipo Napoleón”, por ejemplo, transita Eurasia y América; fascina a aquel Andrés Volkonsky, de “Guerra y Paz”, que esperaba encontrar en Austerlitz su “pont d’Arcole” y se encarna en América desde Iturbide, Santa Ana y Christophe hasta nuestro tormentoso Melchor Pacheco y Obes o el casi nuestro Juan Lavalle (33). Sin el “arquetipo Napoleón III” no se comprende a fondo a Francisco Solano López pero tampoco la personalidad de Máximo Santos ni ese esplendor de pacotilla

que fue el sello de su época. Y un más lejano arquetipo, el de Cincinato, pero un Cincinato pasado a través de la versión washingtoniana también, entre otros tendría que ser tomado en cuenta. A él responde el ideal personal de Berro, él hace en su caso de ese molde vital en que todo hombre, sin desmedro de su singularidad, le gustaría vaciarse (34).

Cuentan los cronistas que cuando llegó a su chacra del Manga la comisión de la Asamblea General que iba a comunicarle su elección de Presidente de la República lo encontró en compañía de dos de sus hijos manejando el arado de madera que él mismo había construido. Difícil que la escena haya sido preparada: es demasiado coherente con todo su resto y, sobre todo, con las páginas deliciosas en que su hijo Mariano ha evocado su infancia en la chacra paterna (35).

Un Cincinato, decía, pasado por la versión que de él había proporcionado Washington, también hombre de Estado y de guerra y agricultor, aunque esto a una escala muy distante de en la que Berro lo fuera.

Pero todos los Estados Unidos actuaron sobre Berro como una meta incitante, como un estímulo y un espoleo. Con esto, Berro no se aleja por cierto del juicio común de los dirigentes latinoamericanos de su tiempo y con tal aserto podría cerrar el tema si no importaran, y mucho, las particularidades que en Berro ese prestigio adoptó y la autenticidad y persistencia con que en él operó (36).

Berro no fue hombre de un solo libro sino de ser de miscelánea información pero tuvo —no tendría sentido negarlo— algo de la tiesura de aquel que se nutre en una única y obsesiva fuente. No es muy seguro que haya tenido suerte con ella pero tal duda, en su caso, no deriva de que esa obra dominadora fuera endeble o secundaria. Porque no lo es —y el verbo en presente quiere subrayar la dimensión de su vigencia— “La démocratie en Amérique” (1835-1840), de Alexis de Tocqueville. No; ni un Leroy-Beaulieu ni un Ahrens, que decidieron sin embargo direcciones conspicuas, era ya el extenso estudio de Tocqueville sobre los Estados Unidos en el que Berro debió encontrar esa herramienta de esclarecimiento, de explicitación de sí mismo que en ocasiones constituyen ciertos libros (37).

La obra de Tocqueville (que todavía prolongó sus ecos hasta constituirse en una de las fuentes del “Ariel” de Rodó) es inexcusable así cuando se indagan las claves del ideal político de Berro y el sentido mismo de su acción como gobernante. No haré, por cierto, un “estudio de contactos”, faena que bien podrá cumplir como ejercicio cualquier especialista de historia de las ideas. Pero sí habrá que insistir, por sumariamente que ello se haga, en dos o tres de esas que llamo “claves”.

Primera: La democracia como espontaneidad popular y social que se

moviliza desde los estratos más bajos hacia la cumbre y desde los núcleos de decisión más plurales, más dispersos hacia un centro cuya función será más coordinadora que impulsora. Todo el pensamiento liberal europeo y especialmente el francés (desde Tocqueville a Lefebvre y Laboulaye) encomió como lección cimera de los Estados Unidos la encarnación histórica de este ideal. Aunque el individualismo sea en Berro una inclinación, una definición inequívoca (38) no es difícil inferir que éstas se perfilaban en él desde la entonación anglosajona y no revolucionaria francesa. Hay que decir, entonces, un individualismo compaginado con las “asociaciones primarias”, apoyándose en ellas y movilizándolas; en manera alguna una energía social que reclamase el arrasamiento (que propiciara la ley Le Chapelier) de toda institución existente entre el átomo social y el Estado mismo. Sin el imperio de estas ideas, verdaderas normas para él, la verdadera obsesión que Berro exhibió durante su presidencia por las disposiciones que instauraran un auténtico régimen municipal no es ni medianamente explicable — sobre todo si se la coteja con las urgencias, las presiones a corto plazo que acuciaron sus años de mando (39).

La primacía de la “sociedad civil” respecto a la “sociedad política” (40); su planteo de la cuestión del unitarismo y el federalismo en el Río de la Plata, bandos de cuyos lemas descreía absolutamente (41), se inteligen contra ese trasfondo. Pero, sobre todo, lo hace su permanente preocupación por la pureza y la autenticidad de la expresión popular en las elecciones. En pugna contra otra inclinación radical de su modalidad política será examinada en el rubro de sus contradicciones decisivas y aquí sólo me limito a mencionarla.

Segunda: la “sociedad civil” movilizada a nivel de sus instituciones primarias cuando lo hace sobre una base económica agraria, como lo era la de los Estados Unidos en los años de Tocqueville y lo fue el Uruguay hasta tanto más adelante, configura un sistema político-social que no es evitable denominar “democracia agraria” o “democracia rural”. Los Estados Unidos del período de Jackson ofrecieron a Berro su dechado y en el balance de la revolución rioplatense que realizó en su réplica a Manuel Herrera y Obes esa tendencia le resultaba lo más positivo que la revolución hubiese producido. **Sacar la clase más numerosa de la sociedad de una condición dependiente y servil, hacerla independiente e igual a aquella a que estaba subordinada, y darle una acción permanente en este sentido, es a la verdad llevar a los pueblos muy lejos de la situación anterior e imposibilitar su regreso a ésta** (42). Y poco después, al considerar el segundo de los **objetos** de la revolución, **fundar una sociedad libre bajo el régimen republicano**, afirmaba que **en éste, todas las clases deben estar en actividad política, sin que ninguna se subordine a otra, y cada una en aptitud de obrar en igualdad con las demás con sus fuerzas propias. Constituir a alguna en dependencia, particularmente si fuere la más numerosa, sería trastornar por su base ese sistema, que no permite que los más estén subordinados a los menos, sino más bien éstos a aquéllos. En él, el progreso se busca por medio del concurso franco de todas las, fracciones de que se compone la sociedad y sólo se le considera legítimo, verdadero, y seguro cuando interviene, esa acción compleja. ¿Cómo podría, pues, la misma**

idea que trazaba la República exigir la desigualdad de derechos y de posición en las clases de la sociedad, y la conservación de los privilegios y del predominio en favor de una de ellas, por más superioridad de luces, y capacidad que se le atribuyese? La participación de la que reside en la campaña, en el movimiento político, su nivelación con las otras, y el libre desarrollo a que ha sido llamada en igualdad de ellas, entra en los fundamentos esenciales del régimen republicano (43).

Idealización más que insincera, podrá decirse enseguida, de una realidad, visión rosada que dictó la exigencia replicativa y un abuso de la antítesis que tan fácil hacía el desembozado elitismo de los unitarios porteños, vértebra ideológica de la Defensa. Pero véase, y la vía conclusiva es casi inversa, lo que estampó Berro en un papel íntimo y sin fecha establecida: **Cuando la constitución política de un Estado establece la democracia y priva por otra parte a los distritos que se administren a sí mismos, sucede que la masa popular, ignorante y grosera por lo general, encuentra en la forma republicana una puerta abierta para ejercitar su natural turbulencia, al paso que no se halla corregida en sus arranques por el interés personal o por la utilidad (44).** Berro cree, en suma, que hay una potencialidad disruptiva (**turbulencia**) en los estratos sociales más bajos; no olvidemos que su perspectiva es una perspectiva patricia, alto-burguesa, y no podía ser otra. Pero en perspectivas como la suya las hay de tipo empecinado y extremo – y así era la de Herrera y Obes – y las hay abiertas y conciliadoras: así la suya. Berro pensaba que el centralismo geográfico, la ciudad en suma, y el poder “desde arriba” acrecentaban el riesgo de esas interrupciones, sobre todo cuando las instrumentalizaba la intervención exterior, la ambición de los caudillos y la maniobra de algún sector dirigente urbano (o cualquiera de estos factores asociados). No creo aventurado suponer que Berro creía – y no estaba equivocado – que **en esas turbulencias la masa popular jamás ganaba nada**: es el ingrediente “universal” que abre su óptica de clase. La solución estaba, entonces, en bajar el nivel de ejercicio democrático desde las instituciones cúspides a la base, en la que, implicando metas concretas dictadas por **el interés personal y la utilidad**, la actividad popular concurriese al bien común de la entidad social. La “democracia rural” se funda así con más soltura que en el trance polémico; queda también configurado un designio que tiene mucho que ver con sus desvelos de fomento agrícola y de colonización durante su período gobernante.

Tercera: la entonación “puritana”. Distintos acentos podía encontrar con los que acordar su espíritu un hombre de 1840 en el desarrollo de los Estados Unidos. Uno, y es el que aquí importa, el “puritano”, que desde una intensa movilización ético-religiosa impregnó el período colonial en los núcleos del Este y prolongaría su influencia hasta muy posteriores tiempos. Otro, el “iluminista”, que caracterizó a la generación de la Independencia, desde Franklin a Jefferson. El tercero, menos categorizable pero ampliamente advertido por Tocqueville, era el intensamente dinámico que el desplazamiento

de “la frontera” marcaría en la vida de los Estados Unidos hasta el último cuarto de la centuria pasada.

Cada uno encuentra y busca en la realidad histórica las suscitaciones que más afines le son y es obvio que la última versión norteamericana mal podía servirle a un pensamiento nacional que buscara promover el desarrollo de un país “encajonado” (el verbo es de Berro) por el fracaso del planteo artiguista. Ello, naturalmente, sin detrimento de que haya sido en la expansión y hacia el Oeste, y Berro no podía ignorarlo, que se había fortalecido una “democracia agraria” y levantado la onda histórica que expresó “the age of Jackson”. Ya he repasado, por otra parte, las coincidencias posibles entre el iluminismo de los hombres de 1776 y el del presidente de 1860 y la operancia del arquetipo Cincinnati-Washington. Fue, sin embargo, en el puritanismo o, tal vez, en lo que él entendía por tal, que Berro vio la clave del sensacional éxito histórico-político que los Estados Unidos representaban para los dirigentes de su generación y la que le pareció susceptible de esa recreación ético-vital – siempre tan difícil – en un medio de realidades y tradiciones tan disímiles. De 1838 (ese año decisivo en su existencia) es el “Catecismo de la doctrina puritana cimentadora” que posee el valor sin par de una contundente definición personal y de un programa político al que no había de ser infiel (45). En una carta del mismo año a su hermano Adolfo afirmaba: **En la juventud principalmente deben conservarse puras y en tibieza las almas republicanas. Y aun creo en la conveniencia de fundar una hermandad de puritanos políticos, para contrastar la preponderancia excesiva de los que hacen la llaga para ganar en su cura** (46). “Puritanos políticos”: Berro es preciso. Rigor y autenticidad en el funcionamiento de las instituciones representativas y de los mecanismos constitucionales. El posterior “principismo” tiene en aquel documento su más claro antecedente, con todas las divergencias que Berro ofrece con él y que más adelante trataré de examinar. Pero aun más allá de lo político todo un repertorio de pautas de comportamiento sociales con los que Berro se identificó siempre. Un catecismo (también) de acción y trabajo incesantes: **pureza, celo, constancia**. Y las famosas **sobriedad y sencillez republicanas** que en él no fueron meras palabras. Y un estilo de estrictez, **fiscalización severa, estricta economía** que hicieron del puritano una tan “rara avis” en nuestra desaprensiva Arcadia (47). Y actitud, en fin, de generosa participación en la cosa pública desde el nivel de los grupos primarios y las asociaciones voluntarias. (Con lo que, de paso, vuelvo a la clave primera y cierro en círculo todo el ámbito de la suscitación estadounidense). Mediante una participación de tal categoría se haría posible que los países de la órbita latinoamericana tramontaran los viejos o nuevos meteoros de la **licencia** y el **despotismo**, vencieran la **apatía egoística** y la **intolerancia tiránica**, superaran la **adhesión ciega a los partidos y a los hombres del poder**, produjeran los contravenenos idóneos para el espíritu militar que perpetuaba la guerra civil y angostaba aquella participación política, cuya ilimitación soñaba, a **una fracción dominante** y aun **una sola mano**.

DUALISTAS Y GRADUALISTAS

El pensamiento romántico se goza con la antítesis y no puede vivir sin el claroscuro. El contraste es para él inevitable pero prefiere erigirlo en cierto estatismo maniqueo que no prevé ninguna conciliación, ninguna superación a nivel más alto como no sea en una instancia final, imprevisible y repentina. Con el pensamiento dialéctico tiene en común la concepción de los opuestos pero la semejanza termina aquí: es disímil, por no decir enemigo, el espíritu que los procesa. **El pensamiento anti-romántico, por el contrario, se mueve en las gradaciones, las transiciones, los matices, posee, por decirlo así, la "sensibilidad de la interpenetración en las fronteras" aunque por lo general (no estoy intentando construir un modelo ucrónico) desdeñe – por desgano o timidez o miopía – los extremos del espectro y su restallante diferencia.** Ese sentido de las transiciones, esa vivencia del crecimiento lento, vegetal de las instituciones históricas, se puede agregar, fue una característica de la corriente contrarrevolucionaria de fines del XVIII y principios del XIX – Edmund Burke es su ejemplo más alto –, con lo que también hay que reconocer que sufrió la potente impronta del romanticismo. **Todo se imbrica y eslabona en la historia de las ideas y no hay lugar, a veces, para un corte neto.**

Pero mi propósito es infinitamente más modesto, puesto que más modestos son igualmente el Uruguay y el personaje. Ese propósito es apuntar como eso que puede llamarse "gradualismo" marca la actitud de Berro ante las antítesis más detonantes de su tiempo, le enfrenta polémicamente con el liberalismo romántico y signa, en profundidad, todo un estilo político.

El indicador más completo de la postura del autor lo proporcionó, sin duda, su respuesta a Manuel Herrera y Obes. La reciente edición de los dos textos los subtitula, no muy acertadamente, "polémica"; se trata en realidad de los monólogos que hilan dos enfoques irreductibles y nada más (48). Ya se hizo referencia a los artículos publicados en 1847 en "El Conservador", de la ciudad, por quien sería desde ese año el canciller de la Defensa. Las páginas de Herrera y Obes (cuyo mayor mérito tal vez está en haber provocado la réplica de su adversario) representan un eco bastante achabacanado – tanto en lo literario como en lo conceptual – de las tesis fulgurantes que Sarmiento había promovido en el "Facundo" (1845). Enderezadas a justificar por todo lo alto el destierro de Rivera a Brasil sufren en exceso del designio demostrativo, tan menor, y de lo apurado, lo pegadizo de los argumentos que lo endosan. Sin embargo, y de cualquier manera, nos brindan, a ese nivel medio en que los lugares comunes reptan, ideas que habrían de tener larga incidencia en nuestras culturas y aún hoy continúan (tenuemente) pesando.

Para Herrera y Obes la Revolución americana importó el choque de la ciudad civilizada y revolucionaria y el campo bárbaro reaccionario y colonial. Si con ello la gesta artiguista quedaba nulificada, no había de importarle mucho

esto, por cierto, al hijo de Nicolás Herrera. Y si el empecinado Montevideo español o cisplatino se trocaba en centro de irradiación revolucionaria, tampoco. Pero tal tensión seguía ordenando el curso de nuestra historia, porque ella se duplicaba en la antítesis de Europa y América. De América - campo - reacción - coloniaje - barbarie versus Europa - ciudad - revolución y civilización. El caudillo, personificado en Rivera, se adscribía a la primera serie de identidades y su destierro desde Maldonado a Brasil eliminaba una impureza, una debilitadora conmixción en la causa de la Defensa de Montevideo y la ponía en camino del triunfo final. Desde 1846, entre Montevideo y Concepción del Uruguay, Benito Chain llevaba mensajes y se tejía la tela en que Rosas y Oribe habían de quedar enredados; como en medio de ella otro caudillo, Urquiza, oficiaría de Libertador, el lector puede preguntarse legítimamente hoy si toda la sumaria tesis de D. Manuel no era una cortina de humo, un sacrificio de lucidez con el fin de enredar las pistas.

En los artículos de réplica de Berro en “El Defensor de la Independencia Americana” debemos descartar todo lo que es política presente o de un pasado inmediato: su argumentación en torno a cuál había sido la conducta anterior del patriciado civilista de la Defensa con Rivera o sobre la naturaleza de la presidencia de Oribe son de una soberbia contundencia (49), importan, en cambio, sus razones en la materia que entorna esos acaeceres: ellas nos dan, como ninguna otra de sus páginas, la medida de su sensatez, la intensidad de su claridad mental, la tónica de su estilo y, también, ¿por qué no?, su ajenidad, su ingenuidad a todos los demonios que rondaban nuestro continente, a esos demonios, a esos meteoros que veintidós años después habían de endosarle, como al Laprida de Borges, su **destino sudamericano**.

Berro, como ya dije, se movió habitualmente en un enclave sureño, estanciero y chacarero, que sería excesivo llamar, con término de hoy, “rurbano” (50) pero que tenía que dictarle una visión del medio agrario abismalmente distinta de la que Herrera y Obes, más que otra cosa, llevaba en su mente, externa al campo como en sustancia era y aun transmitida por vía literaria, desde el “Facundo” de Sarmiento (que también acogió para su libro fuentes literarias inglesas, como hoy se sabe, para su pintura del ámbito pampeano que totalmente desconocía) (51). Para Berro, con su experiencia de cultivador a cuestras, con su vivencia de una **cultura** reintegrada a su sentido prístino y elemental, no hay tal solución de continuidad entre ciudad y campo; también la campaña, hasta la gran devastación de la Guerra Grande (sobre la que pasa, aunque mal podía imputarla solamente a su partido) había realizado, había conocido progresos efectivos (52). No existía, tampoco, la antítesis de prototipos de un “hombre de ciudad” y un “hombre de campo”: el mismo ser que podía tropear y domar y carnear era capaz de hombrarse con los más perfumados galanes en un salón de Montevideo, (53), aserto válido para el “gentleman farmer” pero no para el resto paisano y que nos da los límites de clase entre los que su discurrir se movía. Poco atento a las implicaciones etimológicas de sus términos, Berro a veces debilita sus líneas y prefiere traer la

civilización (cosa de ciudad al fin) a su causa, en vez de invocar, como hubiera podido hacerlo con mejor tino, a la cultura. Con lo que hace menos fuerte su ya discutible aseveración de que **el domar y carnear es tan conciliable con el progreso como el tejer telas y destripar terrones** (54) y le lleva a desertar de ese gradualismo que hace, en general, el vigor de su razonamiento.

Si el campo para Herrera y Obes (y su mentor Sarmiento) era la barbarie, Berro, ahora más fiel a su sistema de transiciones lo negará como dictamen cabal, aunque bien conociera la dureza de la guerra civil, la despoblación del agro, ese su vacío de instituciones que será la obsesión de su gestión presidencial y su primitivismo tecnológico (y también, de seguro, el impulso civilizador que alentaba en los más humildes esfuerzos por despejarse de él). Atenido ahora a un estricto literalismo, Berro que consideraba (lo veremos enseguida) a América y a Europa modernas como dos crecimientos divergentes de un mismo tronco histórico, recuerda entonces que **la barbarie** había sido superada justamente al iniciarse la bifurcación, en el alba de la Modernidad coetánea al descubrimiento y colonización de nuestro continente. Un genérico proceso civilizador tiene su escenario en Europa y en América, en el campo y en la ciudad (55), aunque asimismo, mediante ese tipo de tentación a la que ningún replicante escapa, no pueda evitar el dispersar sus tiros recordando el clásico (o romántico) tema de la barbarie regeneradora (56).

Todo el asunto “barbarie - civilización” tiene que ser considerado digresivo, verbal, si se le coteja con el que arrastra la identificación de ciudad - revolución y campaña - reacción y coloniaje. Porque Berro —temperamento antirrevolucionario, si lo hubo, devoto de la continuidad, el trabajo, la paz, el orden, en cuanto todos estos valores sinonimizan estabilidad política y social— no podía dejar de comprender que Herrera y Obes empleaba una palabra prestigiosa, amparándose de su equivocidad y de la equivocidad general de todo el lenguaje político. Ya se ha visto más arriba el alegato de la revolución de la Independencia como movimiento campesino democrático, la etiología de ese pueblo que se alzó arrastrado por instintos certeros aunque oscuros mientras las clases dirigentes de la ciudad que debieron darle la doctrina idónea fueron omisas. Berro no nombra a Artigas, como tampoco lo hace Herrera y Obes, ni alude al pasado infiel de Montevideo y aun sostiene al final de su réplica que el pueblo no hizo “la revolución”, en lo que cabe estar de acuerdo con él si la revolución fue la ruptura con España y el nuevo orden en que ésta, al tiempo, remató.

Bien puede pensarse que esta parte de su réplica es la más débil de todas, no sólo porque Berro no era una “conciencia histórica” en el sentido específico del término, sino porque temía lo que pudiera implicarle de un dictamen sobre hechos pasados cuando llegara al trance de juzgar su presente.

La “revolución” que a Berro le acuciaba era la guerra civil y sus personeros y promotores, que el elenco educado, al que pertenecía, veía

encarnados en los caudillos. Procede aquí un desglose del tema en dos, lo que permite comenzar recordando el temperamento antirrevolucionario de Berro, poco más arriba subrayado (57) y a la bastante variada aforística con que lo cohonestó (58). Una aforística de sentido invariablemente negativo que implica, sobre todo en los papeles privados, el mismo proceso de la Emancipación, con lo que hemos de decir que en ellos sí se desnuda en toda su coherencia el “gradualismo” de Berro, su hostilidad al cambio violento que no desvirtúan, por mucho que se haya alegado, ni su conducta en 1832 (cuando todavía su personalidad no estaba definida), ni en 1853 (en que representaba el orden legal quebrado por un motín militar) ni menos en el oscuro trámite de 1868.

A la luz de esta persistencia deben entenderse dos expresiones que Berro – por lo demás como tantos hombres de su época – tuvo a menudo en su boca y en su pluma. Eran la del **principio conservador** y la vía o el **esfuerzo reaccionario** (59). El curso de los años altera más rápidamente la semántica política que la de otros vocabularios: los términos “conservador” y “reaccionario” poseen hoy cierto sentido no demasiado unívoco pero suficientemente estable. Y el problema terminológico se complica en el caso de “conservador” por la circunstancia de que existiera en el país, desde 1853 hasta los años setentas, un Partido Colorado Conservador, o Conservador a secas. Fue el de Juan Carlos Gómez, José María Muñoz, Lorenzo Batlle, César Díaz y otros, es decir, el de la fracción letrada y militar urbanas del coloradismo. Y ocurrió, como bien se sabe, que extremadamente minoritario dentro de su propio partido, recurrió sin pausa al motín montevideano y a la invasión desde Buenos Aires (era, en buena proporción, una sucursal del porteñismo) para ganar el poder. También se caracterizaba por el más empinado espíritu de superioridad social y de clase: se ha citado muchas veces el pasaje de “El Comercio del Plata” en que se felicitaba del alto nivel económico y cultural de su conscripción juvenil. Sin embargo, Berro habría podido suscribir el editorial definitorio del partido que Juan Carlos Gómez escribió para “El Orden” en 1853 (60). Con la diferencia, claro está, de haber sido él consecuente a sus términos y no quien lo compusiera.

Fieles o no, en suma, Berro y otros, no creo aventurado suponer que cuando invocaban el **principio conservador** aludían a un complejo de valores y pautas de integración, cohesión y consenso, identificables con la misma sociedad y aun con cualquier tipo de sociedad. Un principio, también, amenazado persistentemente por el espíritu partidario y faccioso, los modos del personalismo, la demagogia caudillesca, la intromisión extranjera y la división incesante. La **vía o el esfuerzo reaccionario** representaba, complementariamente, la pugna por remontar estos males, por aventarlos, como un mal sueño, del país que anhelaba.

LOS CAUDILLOS Y SU MITO

En su respuesta a Herrera y Obes – más insincero éste aquí que en ninguna otra parte –, Berro no dudaba de la existencia de los caudillos y menos de su negatividad, concorde en esto tanto con sus tendencias profundas como con el juicio general y culto de su tiempo. Muy sobriamente, se limita a recordar que las revoluciones (guerras civiles) no habían **salido** de la campaña (aunque a veces se **iniciaran** tácticamente en ellas, hubiera podido agregar), sino de los núcleos políticos de la ciudad y de sus ambiciones. También sostiene que si la campaña había **elevado caudillos ignorantes**, la ciudad (o sus dirigentes) los había **usado** y que nada parecido a un choque frontal de “hinterland” y capital habían representado las ya plurales guerras civiles sino sectores de uno y otra entremezclados (61). Berro, por el contrario, y aquí no pensaba en el “gentleman farmer”, prefería considerar el campo y sus hombres como víctimas de una conjugación de fuerzas en las que el caudillo era un elemento adjetivo. En un fragmento, redactado probablemente en tiempos de su presidencia o en la de Giró, afirmaba, después de revistar las diferencias entre el trato concedido a la campaña y el concedido a la capital: **Y no se diga que esa diferencia ha estado en que han gobernado caudillos y en que ha habido guerras. Hoy mismo que hay un gobierno sin caudillaje, sin partido, y verdaderamente nacional está sucediendo lo mismo...** (62). Y, aun retrocediendo un tramo en la vía de la abstracción, Berro se encontraría (también por esos probables tiempos, también en esas reflexiones íntimas) con su auténtica, visceral antítesis de **impersonalismo y personalidad**. O, en el lenguaje de la ciencia social de hoy: de **universalismo y particularismo**. Aquí sí Berro es dualista, aquí sí no establece “continuum”. **Hay un anhelo general por el orden y la estabilidad; y sin embargo, no se ha formado ningún partido para conseguir y defender esas cosas. ¿En qué consiste? En que todos los hombres, sabios e ignorantes; de ciudad y de campo, han acompañado los partidos por los jefes que los encabezan, no por las ideas que se hacen valer para sostenerlos. Cuando se ha dicho partido del orden, de la legalidad, no se ha hablado con exactitud, ha debido decirse, partido de tal Jefe apoyado en una base de orden, o legalidad (...)** Esto ha nacido de nuestra costumbre de personalizar todo, de no saber defender un principio sin encarnarlo en un ídolo personal, sin expresarlo en el culto a una persona, y vincularlo a ésta (63).

Entre los logros más inequívocos de su gobierno (y esto, por lo menos, hasta la invasión de Flores pero aun después) estaría la demostración de cuánto tenía de inflado, de artificial, el énfasis romántico y doctoral puesto en la cuestión del caudillaje. Berro convirtió la jefatura política de los departamentos en un verdadero instrumento pontifical entre Montevideo y el interior, entre el gobierno y el país real (64). Designando para ellas a vecinos de arraigo o a jefes militares habituados al pago, en ocasiones aún a doctores, logró enjugar, con una eficacia hasta entonces desusada, el crónico, latente disturbio que desde la pirámide de caudillejos y sub-caudillejos se promovía. Dionisio Coronel, Pinilla, Fregeiro, Sienna y otros muchos se constituyeron en órganos de regularidad y de progreso efectivo, se erigieron en auténticas autoridades que no necesitaban

la bota de potro ni la amenaza montonera para hacerse respetar. Flores, se dirá, se le subió a las barbas. Aunque, sin ánimo por volver sobre un debate hace décadas cerrado, bien se sabe que sin el apoyo sucesivo o simultáneo de Buenos Aires y del Imperio, otro gallo le hubiese cantado a la “Cruzada Libertadora” y su destino.

Sí interesa, en cambio, subrayar otra circunstancia. Y es la de que Berro – y esto sin caer en la estéril faena de la busca de “precursores” – constituye seguramente el primer hito para el urgente examen desmitificador de la noción del caudillaje. Montado sobre el culto artiguista y el culto a Rivera (por lo menos), el concepto del caudillismo atravesó el período final de la historiografía oficial-liberal (65). Aun entremezclado con elementos ideológicos y racionalistas que le eran poco congeniales, fue pilar fundamental de la que Germán Carrera Damas llama “la segunda religión”, el culto gubernativo y partidario a héroes fundadores mal entendidos y peor justificados. La onda revisionista, en esta zona, revisó poco y aun agravó el estado del problema. Pues no se trata ahora, como es obvio, de volver sobre los errores y desenfoques del liberalismo doctoral sino destacar, como Berro pasó del barrunto de hacerlo, la variable muy “dependiente” que el caudillo representó, su estricto condicionamiento a un contexto socio-económico determinado. Que, en nuestro caso, era el desmantelamiento institucional del Estado, la intervención extranjera, la discontinuidad geográfico-social entre las clases inferiores del medio rural y las medias y altas del medio urbano, la conformación estanciera y latifundista del primero (66), la proclividad personalista y particularista de nuestro temple colectivo. Berro, que por cierto no agotó el tema en su réplica parece haber avizorado – véase si no el último pasaje transcrito – que el caudillaje rioplatense como versión del liderazgo informal era, más que otra cosa, un molde que podía llenarse con cualquier sustancia y a cualquier altura de la pirámide social cuando ciertas condiciones se dieran, y solían y suelen darse frecuentemente. En una palabra: la no-sustantividad y ubicuidad del caudillaje no parece haberle sido ajena y ni, qué decirlo, si olvidó o no conoció bien a Artigas, la condición de muy mera hipótesis del “carismas” caudillesco. De su experiencia vital misma pudo conocer que el prestigio de nuestros caudillos raramente se autogeneró por mucho tiempo (y esto es lo implícito en la noción de “carisma”) sino, por el contrario, sufrió monumentales altibajos según tuvieran o no mucho que dar o que ofrecer. La carrera de Rivera abunda en estas oscilaciones. Y los tres años de la revolución florista, ya en las postrimerías de su acción de estadista, no estarían en condiciones, por cierto, de rectificarle tal creencia (66 bis).

– VIII –

EUROPA Y SUS ESMEROS

Me referí ya a la convicción que Berro profesaba en lo relativo a Europa y América. La oportunidad de su expresión se dio en la réplica a Herrera y Obes,

quien alzaba el dualismo tajante de una América reaccionaria y colonial y una Europa benévola a cuyo influjo debíamos abrirnos sin retaceos. Para Berro, la Europa y la América de su tiempo eran dos puntos de llegada diferentes de un mismo, común punto de partida constituido por la mixtura cristiano-germánica-romana de los siglos medios. Esta comunidad inicial significaba **principios generales**, identidades importantes que bien podían sinonimizarse con lo universal. Pero las trayectorias posteriores separadas habían suscitado inocultables factores de diversidad que peculiarizaban tanto a un continente como al otro (67). Pero los cursos distintos de las dos entidades, la más rápida maduración de Europa, representaba, con este “desarrollo desigual”, sustanciales, insoslayables peligros. No se trata, vuelvo a repetir, de encontrar “precursores”, en este caso al antimperialismo. Que Berro, gradualista y hombre de matices, buscó y cortejó el apoyo de las tan peligrosas Francia e Inglaterra contra Buenos Aires y Brasil es hecho que la historia abona y sobreabunda de inteligibilidad (68). Ciertamente, también, que permitía “fiorituras” y abusos de razonamiento la tesis de Herrera y Obes, en el sentido de abrirnos confiados a toda acción europea, ya que Europa nos había hecho objeto de todas **sus consideraciones y esmeros**. No se ensaña Berro con una frase tan grotesca, aun gratuita en el canciller de un gobierno que vivía del subsidio francés. La provocación que la sentencia representa le habilita, sí, a establecer un balance de la acción de las potencias europeas que no es común en el pensamiento de su tiempo.

En un pasaje íntimo y sin fecha había partido del rechazo ético a una **moral fundada en (la) conveniencia que domina lo mismo en las ideas que en los cuerpos**. Y la ejemplarizaba en la aceptación aparentemente universal del saqueo colonial de Europa que con **la doble superioridad de su fuerza material y de su entendimiento, somete a los demás a su voluntad y a sus decisiones, cualesquiera que sean, y el asentimiento universal convierte en derecho y justicia lo más opuesto a uno y otro**. Los ingleses conquistan la India, los franceses el Egipto y la Mauritania, y hablan de estas conquistas como de adquisiciones justas. La Europa hace un derecho de gentes acomodado a sus solos intereses y pretende su universalidad. ¿Quién se les opone?, ¿quién la convence de sus errores? Su poder hace que sea obedecida en silencio por unos y su saber obliga a callar a los otros (68). Él intentará escapar a los dos lotes y, mientras tanto y a cuenta de mayor cantidad, recuerda en su réplica: “El Conservador” confunde torpemente la comunicación social con el roce político. Puede un pueblo recibir de otro con aquélla muchos bienes, y al mismo tiempo sufrir con este último males muy graves. Los pueblos de una civilización llevan ésta a los otros con quienes se comunican, y en eso ya se ve que les producen un bien; ¿pero esto impedirá acaso que su ambición, a vueltas de este bien, les haga daños, los mayores? ¿Cuántas naciones pudiéramos nombrar que entregándose inconsideradamente por el cebo de los beneficios que les resultaba de comunicarse sin reserva ni precauciones con otras mucho más civilizadas, luego se vieron cruelmente maltratadas por éstas, y aún reducidas a duro vasallaje, perdida su existencia nacional? (69) Y prosigue más tarde: ¿Quién puede dudar que de las relaciones de la América

con la Europa han nacido y nacerán para aquélla provechos de mucha consideración? ¿Pero es cierto que la acción con que la Europa ha contribuido a estos provechos ha sido de tal manera desinteresada y benévola que merezca toda nuestra gratitud?, ¿es cierto que nos haya prodigado esas “consideraciones y esmero” que dice “El Conservador” y que su poder hacia nosotros se haya demostrado siempre tan benigno, tan inocente, que sea una injusticia atroz temer de ella la menor cosa? Responder afirmativamente a estas interrogaciones sería olvidarse de los hechos que han pasado, sería cerrar los ojos para no ver lo que ante ellos está sucediendo. ¡Líbrenos Dios de ser ingratos! Jamás borraremos de nuestra memoria los favores que algunos generosos europeos nos prestaron para obtener nuestra independencia, ni dejaremos de mirar siempre reconocidos los votos sinceros que otros han formado por nuestra felicidad; hoy mismo tenemos que agradecer esas voces llenas de humanidad y de filosofía que de varios puntos de la Europa se levantan por defender nuestra justicia, y nuestra inocencia, y maldecir el bárbaro uso de su poder que han hecho para sostener las pretensiones más inicuas los europeos interventores. Pero nadie podrá negar que en general la Europa nos dejó solos en la porfiada y sangrienta guerra de la independencia, sin darnos auxilio alguno de consideración; y al buscar nuestras relaciones ha pensado no en el bien que nos iba a hacer con su contacto sino en lo que a ella le debía redundar con el nuestro. Bajo este aspecto es que hemos de considerar su venida; y esto explica porque después de tener asegurado el vasto mercado que la América le abrió con su emancipación, abandonó los antiguos sentimientos de amistad hacia ésta y empezó a afligirla con pretensiones avanzadas, y a ofenderla con desprecios y descomedimientos insultantes (70). La noción de meteoros históricos muy otros que locales, un realismo a escala universal, la despierta conciencia del rioplatense, el sentido del matiz y la discriminación, el desdén a la antítesis efectista: todo está aquí. El “drama del 65” le enseñaría sin embargo, que esas fuerzas de escala universal, actuaban ya desde dentro y que era tarde, en verdad, para contenerlas.

(fragmentos de un estudio).

NOTAS:

(1) Por otro lado, iba ganando general aceptación la teoría de que había una especie de derecho divino a comerciar en cualquier parte y de que era antinatural que los gobiernos cerraran los países al libre desarrollo del comercio (...) Si el gobierno chino no deseaba estimular el comercio extranjero era necesario obligarlo a que lo hiciera, en pro de la paz, la prosperidad y el progreso (K. M. Panikkar: “Asia y la dominación occidental”, Buenos Aires, 1966, págs. 120-121).

(2) Mas vuela aciaga sombra de negra noche en torno a su cabeza (Virgilio, “La Eneida”, traducción J. Echave).

(3) “Berro Anotaciones marginales a una vida ejemplar” en “Asir”, junio de 1951, nº 22, págs. 19-26. Es una de las omisiones de la bibliografía, por otra parte excelente, trazada por Pivel Devoto, en nota final (pág. LIV) de su prólogo a “Escritos”, de Bernardo

Prudencio Berro, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1966. Otros textos que no parece excesivo traer a colación son, también: Mariano B. Berro, "La Agricultura Colonial", Montevideo, 1914, págs. 269- 293 (recuerdos de la chacra paterna del Manga); Fermín Huertas Berro: "Guía histórico-genealógica de las familias Huertas, Berro y Bustamante", Montevideo, 1962. El libro de Demetrio Erausquin: "El gobierno de Don Bernardo P. Berro", Montevideo, 1891, es una colección documental y, pese a mis esfuerzos, no he podido consultar el folleto de la señora Berro de Frías sobre su familia. El material básico para el estudio de la época de Berro y su personalidad se constituye, en suma, con las exposiciones y ediciones de Pivel Devoto, los "Anales Históricos", de Eduardo Acevedo, los informes de Martín Maillefer (ver nota 45) y los dos nutridos volúmenes de Aureliano Berro: "Bernardo P. Berro. Vida pública y privada" y "De 1860 a 1864", Montevideo, 1920-1921.

(4) Cyril Connolly: "La tumba sin sosiego", Buenos Aires, 1949, pág. 202.

(5) Huertas Berro: "Guía..." (ver nota 3), pág. 35.

(6) Manuel Herrera y Obes-Bernardo Prudencio Berro: "El caudillismo y la revolución americana", Montevideo, Biblioteca Artigas, 1966, pág. 153.

(7) Ídem, pág. 109.

(8) Carta a su padre, desde Casupá (26 de diciembre de 1833), en Aureliano Berro (ver nota 3), t. I pág. 58.

(9) En "Revista Nacional", n° 134, Montevideo, 1950, págs. 280 y 294.

(10) Hago la precisión, porque hasta el nivel administrativo llegó inverosímilmente, a raíz de su centenario, la confusión con su hijo, el historiador.

(11) "Historia de los partidos y las ideas políticas en el Uruguay", Montevideo, 1956, t. II, pág. 256 y ss.

(12) En "Escritos" (ver nota 3), pág. 74.

(13) Ídem, págs. 121-122.

(14) Ídem, pág. 77.

(15) Montevideo, 1891, págs. 224-225.

(16) Confirmaciones programáticas en "Escritos", págs. 212-220.

(17) Arturo Ardao: "El catolicismo masón bajo Berro", en MARCHA, Nos. 1041, 1042, del 30 de diciembre de 1960 y 13 de enero de 1961; en "Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay", Montevideo, 1962, págs. 157-189.

(18) **La religión cristiana, única y verdadera, que nuestra patria tiene la felicidad de poseer, es también la más pura, la más social y la más acomodada a los principios liberales del sistema republicano.** "Escritos", pág. 128. Debo registrar, sin embargo, por lealtad a verdad —detesto forzar las tesis— sus semejanzas con varias formulaciones de Echeverría y la generación del "Dogma". Puede leerse en Aureliano Berro, op. cit. t. I págs. 327-330, la argumentación de su nieto en refuerzo de la religiosidad de Berro: se trata, sustancialmente de actos de reverenda formal y/o oficial: v. gr. auxilio a la construcción de templos, etc., que fueron norma de todos los gobiernos patrios hasta Santos y Cuestas.

(19) Mariano Balbino Berro, racionalista, y Carlos Antonio, fervoroso católico. Este hecho sirve también para marcar la indecisión ideológica de las élites político-culturales sudamericanas en el siglo XIX.

(20) Sobre la libertad de los esclavos en 1840 y la actitud de Berro ante Rivera, ver "Escritos", págs. 119-120. Durante su presidencia, la ley sobre el colonato, de julio de 1862, afirma el empeño antiesclavista junto al nacionalizador y antibrasileño; representando, fuera de duda, uno de los alicientes más sustanciales para la posterior intervención de Brasil contra su gobierno. "El Pueblo" era de Mateo y Luis Magariños Cervantes y estos episodios cobran poderoso interés si se piensa que con ellos y a través de ellos se produjo la primera polarización neta (la de "Logia Imperial" versus

“Caballeros Orientales” no fue tan estable) de los sectores dirigentes hacia los dos núcleos que definirían al partido blanco y al colorado. Sería interesante también hurgar en la correlación conspicua entre la condición de descendientes de los españoles – y aun criollos – más persistentes en su fidelidad monárquica y peninsular y la constelación de la Defensa – es el caso de los Batlle, Magariños, Herrera y Obes y Ellauri – así como la que existe entre los hijos de los que acataron o adhirieron antes que otros el hecho de la Independencia y el grupo de Cerrito durante la Guerra Grande. Claro que todo esto no significa retornar a una historia de “buenos” y de “malos”: bastante saturados hemos sido por ella, ya sea en sus viejas como en sus nuevas versiones.

(21) “Escritos”, pág. 80.

(22) Ídem, pág. 75.

(23) Ídem, págs. 196-203 y 240.

(24) Ídem, págs. 68-122.

(25) “El caudillismo”, págs. 67, 98, 121, 130.

(26) “Escritos”, págs. 82-83.

(27) Ver nota 11.

(28) “Escritos”, pág. 85.

(28 bis) Escritas estas páginas, encuentro en Aureliano Berro, op. cit. I pág. 97, este pasaje que ilustra casi experimentalmente mi aserto. Recordando sus relaciones con Oribe y Villademoros, durante el período del Cerrito, afirmaba de Oribe Berro: **Creía y se decidía por sentimientos. Acostumbrado yo a discernir “a razione” sostenía mis proposiciones racionando lógicamente. El ministro de relaciones exteriores contestaba con una proclama, con una peroración que halagaba loe sentimiento del Presidente y con ella echaba por tierra toda mi argumentación. También el tono algo osado y decisivo le hacía mucha impresión... La declamación era la única forma de persuadirlo, y yo no sabía declamar: mi manera filosófica era la cosa más desairada a sus ojos.**

(29) “Escritos”, pág. 68. Todo esto sea señalado sin perjuicio de apuntar que Berro coincidía con sus rivales en la aspiración característica del romanticismo latinoamericano a una “literatura propia”, con sabor y aun pensamiento nativos. Pues con cierto precursor pragmatismo – que también se halla en el Alberdi de esos años – reclamaba un arte y una filosofía que sirvieran para la promoción de nuestra realidad: ver “Escritos”, págs. 91 y 95. En las polémicas de Sarmiento en Santiago de Chile, pero años después, se retomaría la misma postura.

(30) Que no se invalida por más que el presidente Johnson sostenga que está colaborando en el “national-building” de ¡Vietnam del Sur!

(31) “Escritos”, págs. 246-247 y A. Berro, op. cit. t. I, pág. 201.

(32) En “Revista Nacional”, nº 8, Montevideo, 1938, pág. 276.

(33) Ver “ut supra” su antagonismo al “principio personal” y toda legitimación de tipo carismático, sobre **misiones, profecías y regeneraciones** las cartas antirrománticas; ver nota 24.

(34) Por obra de una de esas frecuentes trampas de la memoria, creía mía la identificación Berro-Cincinato, cuando encontré el siguiente pasaje en un discurso de José Irureta Goyena (que había leído con mucha antelación): **Bernardo Prudencio Berro, vástago ilustre de una familia indígena del valle del Ronkal, político y granjero, tribuno y labrador, una especie de Cincinato que, con la misma mano que escribía correctos versos en latín y excelente prosa castellana, empuñaba afanosamente para ganarse la vida, la rugosa esteva del arado** (“Discursos”, Montevideo, 1948, pág. 172). En venganza de mi olvido diré que jamás oí hablar de esos versos latinos.

- (35) “La agricultura colonial” (ver nota 3). En esas páginas, especialmente ver lo referido a la comida, a la terapéutica casera (no había asistencia médica), a la contribución recíproca de los vecinos para la trilla (p. 275) y a la corrida de la bandera y el pantagruélico banquete posterior a ella (p. 276-278).
- (36) Sobre la admiración a los EE. UU.: “Escritos”, págs. 73-74, 112-118; “El caudillismo” pág. 119 et passim.
- (37) Sobre la devoción a Tocqueville: “Revista Nacional”, n° 134, pág. 291 y “Escritos”, pág. 87-95.
- (38) Sobre el progreso como obra de unas pocas personalidades cimeras: “Escritos”, pág. 92-94; sobre la propiedad y la riqueza particular como base de la riqueza pública: “Escritos”, pág. 219; sobre felicidad y derechos individuales: “Revista Nacional”, n° 134 pág. 296.
- (39) Ver en “Escritos”, págs. 284-330, sobre régimen municipal.
- (40) Ídem, pág. 301.
- (41) Ídem, págs. 117-118.
- (42) “El caudillismo. . .”, pág. 152. Berro acepta también la versión independentista liberal de la colonización española: **despotismo cruel, represión de todo progreso moral y material**. No cree, empero, que le quepa el calificativo de **bárbara**: ídem pág. 131.
- (43) Ídem, págs. 153-154.
- (44) “Revista Nacional”, n° 134, pág. 291.
- (45) En “Escritos”, pág. 123-137. Berro acogió del puritanismo mucho de sus elementos básicos y aun ciertas exterioridades de conducta: repásense los testimonios de su nieto Aureliano y el, a menudo, ácido de Martin Maillefer (en “Revista Histórica”, Nos. 49-50, 51, 52, 55, 64 y 76), sobre su modalidad sobria y severa, contenida y tal vez reprimida). No debe olvidarse, sin embargo, que los ingredientes “ilustrados” de su pensamiento, atiéndase, por caso, a su “Canto a las excelencias del amor” y a sus explícitos sensualismo y naturalismo, le alejaban por grandes trechos de una verdadera cosmovisión y ética puritanas.
- (46) “Escritos”, pág. 70.
- (47) Ídem, págs. 207, 220-221.
- (48) Ver nota 6.
- (49) Es claro que Herrera y Obes identificaba campo-reacción-coloniaje-barbarie-América con el partido blanco y los términos opuestos con el colorado. Berro deducía las consecuencias implícitas en la antítesis de su oponente.
- (50) Este enclave le da cierta afinidad – aunque sólo en esto – con un gobernante, Tomás Berreta, casi un siglo posterior a él.
- (51) Cabría, sí, la interrogación de si también en Berro no se interpuso alguna vez el velo literario entre su visión de nuestra realidad natural y esa realidad misma. El hecho es, por otra parte, general: al fin y al cabo, la naturaleza, decía Wilde, copia al arte y ¿hasta dónde el campo de la “Epístola a Doricio” es auténtico y hasta dónde salmantino o mantuano? Y aun lo mismo podría indagarse con atención esa **aura pestilente que infecta las ciudades** (estrofa IV de la “Epístola”). ¿Es la de los saladeros, muy lejanos a la edificación montevideana, o es la de la literatura y poesía de Europa?
- (52) “El caudillismo. . .”, págs. 141-146.
- (53) Ídem, págs. 137-138 y antes en “Revista Nacional”, n° 129, pág. 344, sin indicación de origen.
- (54) “El caudillismo”, pág. 110.
- (55) Ídem, págs. 136-155.
- (56) Ídem, pág. 146.
- (57) Subrayado también por Pivel Devoto, en “Revista Nacional”, n° 129 pág. 335 y

apartado.

(58) Contra la "revolución": a) en su justificación: "Revista Nacional", n° 134, págs. 283-284 (sobre la invocación del "derecho a la resistencia"); b) sobre sus modalidades: ídem, pág. 284 y "Escritos", pág. 81; sobre sus resultados:

"Revista Nacional", n° 129, pág. 341; "Escritos", págs. 88-90 et passim.

(59) "Revista Nacional", n° 134, pág. 271.

(60) Juan Carlos Gómez: "Su actuación en la prensa de Montevideo", Montevideo, 1921, t. 1, págs. 25-27.

(61) "El caudillismo...", págs. 139-141 y borrador en "Revista Nacional", n° 134, pág. 295.

(62) Ídem, pág. 296.

(63) Ídem, págs. 297-298.

(64) Ídem, págs. 267, 270.

(65) Atiéndase, por ejemplo, al significado de ciertas páginas de Rodó: "Perfil de caudillo", "Artigas", etc.

(66) Tulio Halperin Donghi destacó no hace mucho la estricta correlación argentina entre latifundio y caudillaje ("El surgimiento de los caudillos en el cuadro de la sociedad rioplatense post-revolucionaria", en "Estudios de historia social", n° 1, Buenos Aires, 1965, págs. 123-149). Pero Halperin subraya el "contexto" latifundista, muy lejos de la tesis de José Ingenieros haciendo del gran latifundista caudillo, "per se", él mismo.

(66 bis) No tengo espacio ahora para explicar la idea de que el liderazgo caudillesco, allí donde efectivamente existió, allí donde no es una desmesura retórica o una categoría interpretativa facilona fue cuando acumuló sobre sí las notas de funcional y formal-legal. La única excepción auténtica me parece Artigas en los años 1819-1820. Pero salvo él, los otros caudillos sólo se sostuvieron cuando tuvieron una función efectiva que cumplir: intermediación, reparto, saqueo, mediatización a una intervención extranjera, voz de un grupo sin expresión política adecuada o jefatura militar de una reivindicación partidaria armada (que, creo, es el caso de Timoteo Aparicio y de Saravia). A veces se adosó a esta función la condición de líder legal o formal: presidencia de la República o jefaturas departamentales. Pero "carismas": don de gracia, autoalimentación de prestigio sin investidura política o algo que ofrecer o a qué servir conoció muy poca nuestra historia. Y este es el "caudillismo" y el "caudillo" que acuna y prefiere la interpretación romántico-partidista.

(67) "El caudillismo. . .", pág. 118.

(68) Ver sobre todo la carta a Maillefer: en "Revista Histórica", n° 51, págs. 451-453.

(69) "El caudillismo", pág. 110.

(70) Ídem, págs. 111-112.